

observando por un momento, calmadamente. Luego las llamó:

—Bueno, vengan para acá —dijo—. Ahora, pelillos a la mar, y tengan un poco de consideración también conmigo.

Las dos mujeres se apresuraron a obedecerle, fueron hacia él, le acariciaron, y terminaron de escribir sus cartas.

Después salieron los tres juntos, lo que no hicieron desde hacía meses, y agarraron un tranvía para ir a tomar aire puro a las afueras de la ciudad. El tranvía, del que eran los únicos viajeros, estaba inundado de la cálida luz del sol. Muy a gusto recostados en sus asientos, cambiaron ideas sobre las perspectivas para el futuro, y llegaron a la conclusión de que bien miradas las cosas el porvenir no se presentaba tan mal, ya que sus colocaciones —sobre las que aún no se habían informado detenidamente entre sí— eran estúpidas, y probablemente mejorarían en lo sucesivo. Lo que de momento más les convenía era cambiarse de casa, y esto sería una mejoría. Querían un departamento más pequeño y más económico y, también, mejor ubicado y más práctico que el actual, que fue escogido por Gregorio.

Y, mientras así conversaban, el señor y la señora Samsa se dieron cuenta, casi al mismo tiempo, de la creciente vivacidad de su hija, la que a pesar de todos los sinsabores de los últimos tiempos, que hicieron palidecer su semblante, era ahora una linda muchacha lozana, llena de vida. Tranquilizados, y casi sin darse cuenta, intercambiaron miradas de entendimiento, coincidentes en la conclusión de que ya era tiempo de buscarle un buen esposo.

Y cuando, al llegar al final del viaje la hija se puso en pie la primera y estiró su cuerpo juvenil, pareció como si viniera a confirmar, así, los nuevos sueños y excelentes intenciones de sus padres.

GENERACION PERDIDA

HEMINGWAY, ERNEST.

Ernest Hemingway (1898-1961), nació en Oak Park (Illinois, Estados Unidos), hijo de un médico, pasó su adolescencia en los bosques de Michigan, mientras colaboraba en los periódicos intermitentemente. Voluntario en las filas italianas durante la Primera Guerra mundial, resultó herido. Corresponsal en Europa durante mucho tiempo, fue típico representante de la "generación perdida". Viajó por Africa, asistió a la guerra civil española, y terminó su vida en Cuba, al parecer por suicidio. Dejó tras sí una figura legendaria de hombre vitalista y varias obras maestras como: Adiós a las armas, Más allá del río, Tener o no tener, Muerte en la tarde, París era una fiesta, Las nieves del Kilimanjaro, Por quien doblan las campanas, El sol también sale, El viejo y el mar, La quinta columna, etc.

CAPILLA ALFONSO X

...salieron los tres juntos...

—Buena, vengan por acá— dijo— Ahora, por el mar, y tengan un poco de consideración también con el...

Los dos señores se apresuraron a obedecerle, fueran a la izquierda, y comenzaron a escribir sus cartas...

Después salieron los tres juntos, lo que se hizo desde hacía mucho tiempo, y se fueron un tramo para ir a dar un paseo a las afueras de la ciudad. El tramo...

...el tiempo, fue el típico representante de la generación perdida...

...y cuando se volvió a mirar atrás, vio que el mundo había cambiado...

...y cuando se volvió a mirar atrás, vio que el mundo había cambiado...

...y cuando se volvió a mirar atrás, vio que el mundo había cambiado...

...y cuando se volvió a mirar atrás, vio que el mundo había cambiado...

...y cuando se volvió a mirar atrás, vio que el mundo había cambiado...

...y cuando se volvió a mirar atrás, vio que el mundo había cambiado...

...y cuando se volvió a mirar atrás, vio que el mundo había cambiado...

GENERACION PERDIDA.

En el Gulf Stream en un bote, hacia el norte y cuatro días que un viejo pescador solitario no recogió un solo pez.

En los primeros cuarenta días había tenido mucho éxito. Pero después de eso tiempo, los peces del mar habían dicho que el viejo estaba definitivamente cansado, y lo cual era la peor suerte. Por orden de sus padres el muchacho había salido en otro bote, que en la primera semana cogió tres buenos peces.

EL VIEJO Y EL MAR.

Entristecía al viejo el pensar que los peces con su bote vacío. Siempre bajaba el viento, a carra de los rollos de sedal, el bicho, el arpon y la vela arrojada al mar. La vela remendada con sacos de harina, parecía una bandera en permanente derrota.

El viejo era flaco y desahogado, con arrugas profundas en la parte posterior del cuello. Las manchas pardas del viejo cáncer en la piel, que el sol produce con los reflejos en el mar Caribe, estaban en sus mejillas.

Estas pecas corrían por los lados de su cara hasta bastante abajo y sus manos tenían las hondas cicatrices que causaba la manipulación de las cuerdas cuando sujetaba los grandes...

ERNEST HEMINGWAY.

...de la vida, de la muerte, de la guerra, de la paz, de la esperanza, de la desesperación, de la fe, de la duda, de la duda, de la duda...

En el Gulf Stream en un bote, hacia ochenta y cuatro días que un viejo pescador solitario no recogía un solo pez.

En los primeros cuarenta días, había tenido consigo un ayudante. Pero después de ese tiempo, los padres del muchacho, le habían dicho que el viejo estaba definitivamente salao,* lo cual era la peor forma de la mala suerte. Por orden de sus padres el muchacho había salido en otro bote, que en la primera semana cogió tres buenos peces.

Entristecía al muchacho ver al viejo regresar todos los días con su bote vacío. Siempre bajaba a ayudarlo, a cargar los rollos de sedal, el bichero,* el arpón y la vela arrollada al mástil. La vela remendada con sacos de harina, parecía una bandera en permanente derrota.

El viejo era flaco y desgarbado, con arrugas profundas en la parte posterior del cuello. Las manchas pardas del benigno cáncer en la piel -que el sol produce con sus reflejos en el mar Caribe- estaban en sus mejillas.

Estas pecas corrían por los lados de su cara hasta bastante abajo y sus manos tenían las hondas cicatrices que causa la manipulación de las cuerdas cuando sujetan los grandes

*SALAO: desgraciado, infortunado (en Cuba).

*BICHEROS: asta larga con punta y gancho, para atracar y desatracar.

peces. Pero ninguna de estas era reciente. Eran tan viejas como las erosiones de un desierto despoblado.

Todo en él era viejo, salvo sus ojos; y estos tenían el color mismo del mar; eran alegres e inofensivos.

—Santiago —le dijo el muchacho trepando por la orilla desde donde quedaba el bote—. Yo podría volver con usted. Hemos hecho algún dinero.

El viejo había enseñado al muchacho a pescar y éste le tenía cariño.

—No —dijo el viejo—. Tú sales en un bote que tiene buena suerte. Sigue con ellos.

—Pero recuerde que una vez llevábamos ochenta y siete días sin pescar nada y luego por tres semanas cogimos peces grandes todos los días.

—Lo recuerdo. Y sé que no me dejaste porque hubieras perdido la esperanza.

—Fue papá quien me obliqó. Soy un chiquillo y tengo que obedecerlo.

—Lo sé. Es completamente normal.

—Papá no tiene mucha fe en todo esto.

—No. Pero nosotros, sí, ¿verdad?

—Sí —dijo el muchacho—. ¿Me permite convidarle una cerveza en la terraza? Luego llevaremos las cosas a casa.

—¿Por qué no? —dijo el viejo—. Entre pescadores.

Se sentaron en la terraza. Muchos de los pescadores se reían del viejo, pero él no se molestaba. Otros, entre más viejos, lo miraban y se ponían tristes. Pero no lo manifestaban y se referían cortésmente a la corriente y a las hondona-

das donde habían tendido sus sedales, al continuo buen tiempo y a lo que habían visto. Los pescadores que aquel día habían tenido éxito habían llegado y después de limpiar sus agujas* las llevaban tendidas sobre dos tablas, a la pescadería, donde esperaban a que el camión del hielo las llevara al mercado en La Habana. Los que habían pescado tiburones los habían llevado a la factoría, al otro lado de la ensenada, donde eran izados en aparejos de polea; les sacaban los hígados, les cortaban las aletas y los desollaban y cortaban su carne en trozos para salarla.

Cuando el viento soplaba del Este el hedor se extendía a través del puerto, procedente de la fábrica de tiburones; pero hoy no se notaba más que un débil tufo porque el viento había vuelto al Norte y luego había dejado de soplar. Era agradable estar allí, al sol, en la Terraza.

—Santiago —dijo el muchacho.

—Qué —dijo el viejo. Con el vaso en la mano pensaba en las cosas de hacía muchos años.

—¿Puedo ir a buscarle sardinas para mañana?

—No. Ve a jugar al "béisbol". Todavía puedo remar y Rogelio tirará la atarraya.*

—Me gustaría ir. Si no puedo pescar con usted me gustaría servirlo de alguna manera.

—Me has pagado una cerveza —dijo el viejo—. Ya eres un hombre.

AGUJAS: peces espada.

ATARRAYA: especie de red.

—¿Qué edad tenía cuando me llevó por primera vez en un bote?

—Cinco años. Y por poco pierdes la vida cuando subí aquel pez demasiado vivo que estuvo a punto de destrozar el bote. ¿Te acuerdas?

—Recuerdo como brincaba y pegaba coletazos, como el banco se rompía y el ruido de los garrotazos. Usted me arrojó a la proa, donde estaban los sedales mojados y enrollados. Todo el bote se estremecía, recuerdo el estrépito que usted armaba dándole garrotazos, como si talara un árbol, y el pegajoso olor a sangre que me envolvía.

—¿Lo recuerdas realmente o es que yo te lo he contado?

—Lo recuerdo todo, desde la primera vez que salimos juntos.

El viejo lo miró con sus amorosos y confiados ojos quemados por el sol.

—Si fueras hijo mío me arriesgaría a llevarte —dijo—. Pero tú eres de tu padre y de tu madre y trabajas en un bote que tiene suerte.

—¿Puedo ir a buscarle las sardinas? También sé donde conseguir cuatro carnadas.

—Tengo las mías, que me han sobrado de hoy. Las puse con sal en la caja.

—Déjeme traerle cuatro cebos frescos.

—Uno —dijo el viejo. Su fe y su esperanza no le habían fallado nunca. Pero ahora empezaban a revigorizarse como cuando se levanta la brisa.

—Dos —dijo el muchacho.

—Dos —aceptó el viejo—. ¿No los has robado?

—Lo hubiera hecho —dijo el muchacho—. Pero estos los compré.

Gracias —dijo el viejo. Era demasiado simple para preguntarse cuándo había alcanzado la humildad. Pero sabía que la había alcanzado y sabía que no era vergonzoso y que no significaba pérdida del orgullo verdadero.

—Con esta brisa ligera, mañana va a hacer buen día —dijo.

—¿Adónde piensa ir? —le preguntó el muchacho.

—Saldré lejos para regresar cuando cambie el viento. Quiero estar fuera antes que sea de día.

—Voy a pedir a mi patrón que salga lejos a trabajar. Si usted engancha algo realmente grande podremos ayudarlo.

—A tu patrón no le gusta salir demasiado lejos.

—No —dijo el muchacho—. Pero veré algo que él no podrá ver: un ave trabajando, por ejemplo. Así haré que salga siguiendo a los dorados.

—¿Tan mala tiene la vista?

—Está casi ciego.

—Es extraño —dijo el viejo—. Jamás ha ido a la pesca de tortugas. Eso es lo que más perjudica a los ojos.

—Pero usted ha ido a la pesca de tortuga durante varios años, por la costa de los Mosquitos y tiene buena vista.

—Yo soy un viejo muy extraño.

—Pero ¿ahora se siente bastante fuerte como para un pez realmente grande?

—Creo que sí. Y hay muchos trucos.

—Vamos a llevar las cosas a casa —dijo el muchacho—. Luego recogeré la atarraya y me iré a buscar las sardinas.

Recojieron el aparejo del bote. El viejo se echó el mástil al hombro y el muchacho cargó la caja de madera, de los enrollados sedales pardos de apretada malla, el bichero y el arpón con su mano. La caja de las carnadas estaba bajo la popa, junto a la porra que usaba para rematar a los peces grandes cuando los arrojaba al bote. Nadie sería capaz de robarle nada al viejo, pero era mejor llevar a casa la vela y los sedales gruesos puesto que el rocío los dañaba, y aunque estaba seguro de que ninguno de la localidad le robaría nada, el viejo pensaba que el arpón y el bichero eran tentaciones y que no había por qué dejarlos en el bote.

Marcharon juntos camino arriba hasta la cabaña del viejo y entraron; la puerta estaba abierta. El viejo inclinó el mástil con su vela arrollada contra la pared y el muchacho puso la caja y el resto del aparejo junto a él. El mástil era casi tan largo como el cuarto único de la choza. Esta estaba hecha de las recias pencas de la palma real que llaman guano, y había una cama, una mesa, una silla y un lugar en el piso de tierra para cocinar con carbón. En las paredes, de pardas, aplastadas y superpuestas hojas de guano de resistente fibra, había una imagen en colores del Sagrado Corazón de Jesús y otra de la Virgen del Cobre. Estas eran reliquias de su esposa. En otro tiempo había habido una desvaída foto de su esposa en la pared, pero la había quitado porque le hacía sentirse demasiado solo el verla, y ahora estaba en el estante del rincón, bajo su camisa limpia.

—¿Qué tiene para comer? —preguntó el muchacho.

—Una cazuela de arroz amarillo con pescado. ¿Quieres un poco?

—No. Comeré en casa. ¿Quiere que le encienda la lumbre?

—No. Yo la encenderé luego. O quizás coma el arroz frío.

—¿Puedo llevarme la atarraya?

—Desde luego.

No había ninguna atarraya. El muchacho recordaba que la habían vendido. Pero todos los días pasaba por esta ficción. No había ninguna cazuela de arroz amarillo con pescado, y él lo sabía muy bien.

—El ochenta y cinco es un número de suerte —dijo el viejo—. ¿Qué te parece si me vieras volver con un pez que, en canal,* pesara más de mil libras?

—Voy a recoger la atarraya y salir a pescar las sardinas. ¿Se quedará sentado al sol, a la puerta?

—Sí, tengo ahí el periódico de ayer y voy a leer los partidos de béisbol.

El muchacho se preguntó si el periódico de ayer no sería también una ficción. Pero el viejo lo sacó de debajo de la cama.

—Perico me lo dio en la bodega —explicó.

—Volveré cuando haya cogido las sardinas. Guardaré las tuyas junto con las mías en el hielo y por la mañana nos las repartiremos. Cuando vuelva me contará lo del béisbol.

—Los Yankees no pueden perder.

—Pero yo les tengo miedo a los Indios de Cleveland.

—Ten fe en los Yankees, hijo. Piensa en el gran DiMaggio.

*EN CANAL: abierto y limpio de entrañas.

—Les tengo miedo a los Tigres de Detroit y a los Indios de Cleveland.

—Ten cuidado, no vayas a tenerles miedo también a los Rojos de Cincinnati y a los White Sox de Chicago.

—Usted estudia eso y me lo cuenta cuando vuelva.

—¿Crees que debiéramos comprar unos billetes de la lotería que terminen en ochenta y cinco? Mañana es el día ochenta y cinco.

—Podemos hacerlo —dijo el muchacho—. Pero ¿qué me dice de su gran record, el ochenta y siete?

—No podría suceder dos veces. ¿Crees que puedas encontrar un ochenta y cinco?

—Puedo pedirlo.

—Un billete entero. Eso hace dos pesos y medio. ¿Quién nos lo podría prestar?

—Eso es fácil. Yo siempre encuentro quien me preste dos pesos y medio.

—Creo que yo también. Pero trato de no pedir prestado. Primero pides prestado; luego pides limosna.

—Abríguese, viejo —dijo el muchacho—. Recuerde que estamos en septiembre.

—El mes en que vienen los grandes peces —dijo el viejo. En mayo cualquiera es pescador.

—Ahora voy por las sardinas —dijo el muchacho.

Cuando volvió, el viejo estaba dormido en la silla. El sol se estaba poniendo. El muchacho alcanzó la frazada del viejo de la cama y se la echó sobre los hombros. Eran unos hombros extraños, todavía poderosos, aunque muy viejos, y el

cuello era también fuerte todavía, y las arrugas no se veían tanto cuando el viejo estaba dormido, con la cabeza derribada hacia adelante. Su camisa remendada tantas veces era como la vela y los remiendos descoloridos por el sol eran de varios tonos. La cabeza del pescador era, sin embargo, muy vieja y con sus ojos cerrados no había vida en su rostro. El periódico yacía sobre sus rodillas y el peso de sus brazos lo sujetaba allí contra la brisa del atardecer. Estaba descalzo.

El muchacho lo dejó allí, y cuando volvió, el viejo estaba todavía dormido.

—Despierte, viejo —dijo el muchacho, y puso su mano en una de sus rodillas.

El viejo abrió los ojos y por un momento fue como si regresara de muy lejos. Luego sonrió.

—¿Qué traes? —preguntó.

—La comida —dijo el muchacho—. Vamos a comer.

—No tengo mucha hambre.

—Vamos, venga a comer. No puede pescar sin comer.

—Hábrá que hacerlo —dijo el viejo, levantándose y cogiendo el periódico. Luego empezó a doblar la frazada.

—No se quite la frazada —dijo el muchacho—. Mientras yo viva no saldrá a pescar sin comer.

—Entonces vive mucho tiempo y cuídate —dijo el viejo—. ¿Qué vamos a comer?

—Frijoles negros con arroz, plátanos fritos y un poco de asado.